



FUSILAR UNA ILUSIÓN

Carlos Mario Velásquez González

FUSILAR UNA ILUSIÓN



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Mario Velásquez González

ISBN: 979-13-87814-08-3

ISBN digital: 979-13-87814-09-0

Depósito legal: M-9532-2025

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres

Cuando no sepas a dónde ir, sigue el perfume de un sueño...

ANÓNIMO

Primera parte

I

El plumífero ladeó sutilmente la cabeza a diestra y siniestra, atraído por un olor a carroña. Las corrientes de aire de los Llanos le hicieron virar su cimbreante plumaje a occidente, sobre la mariposa terracota que forma el cerro de Las Tres Tetas. Descendió sobre la musculosa cordillera Occidental y se asentó encima de una putrefacción que yacía en el zigzagueante camino de herradura. Fue el primer gallinazo que picoteó las concavidades de los ojos de un cadáver que se haría muy famoso en la región y que haría encoger de terror a los habitantes del Amagá de mediados de 1946. Después, como una lluvia de plomo, fueron muchos los que aterrizaron. Al momento de descubrirse días después el cadáver, ya la calavera estaba limpia de carnosidad, pero cubierta de una sopa de moscardones y gusanos. Un arriero con su recua lo encontró, sin sorprenderse, como si de antemano supiese que era posible, imaginable, un tanto lógico, encontrarse aquella alma muerta sobre la que retoñaban hongos: el cuerpo tenía su ropaje intacto, puesto su reloj de manilla de oro, que daba las once y trece; y, bien ceñido, un chaleco de tres botonaduras. Un hachazo en el cráneo, profundo, daba a entender la causa de su deceso. El arriero cortó las durantas y los helechos, encauzó por allí la briosa recua y se dirigió al pueblo, molesto porque toparse con un cadáver cambiaba su destino inicial, que era el trapiche.

A la entrada del pueblo quedaba la famosa hacienda la Her-
mosilla. Su dueño y su hijo conversaban en la talanquera mientras
examinaban un opulento caballo de paso, a la luz menguada de
aquella hora de la mañana.

—Patrón —dijo el arriero—, como que los cachiporros volvie-
ron a hacer de las suyas.

Don Arnoldo y Eliécer montaron en sus caballos y partieron a
toda prisa. Al encontrar el cadáver, supieron por su vestimenta que
se trataba de uno de sus conocidos: era un conservador a ultranza,
defensor del *statu quo*, con asiento en el Comité de Cafeteros, y era
el quinto miembro de ese partido asesinado del mismo modo.

—No cabe duda, pá, de que han sido ellos —dijo el joven.

—No cabe la menor duda.

—Esto se salió de control, pá.

—Así es, hijo mío. ¡Qué rabia, hombre!

—Tendremos que tomar cartas en el asunto.

Al regreso, se escondieron de dos oficiales de Policía que se
dirigían a la escena del crimen. Eliécer se sirvió un trago de su
siempre deseado aguardiente Real y salió al descampado de la Her-
mosilla cruzando el viento aromado de café. Trató de pensar...
encajando jugadas habidas y por haber. La línea de sus labios es-
taba tensa. Creó un holograma mental y se dio cuenta, de súbito,
de que los hombres que habían asesinado vivían en las mejores
haciendas de la región.... Y, uniendo aquellos puntos cardinales...,
le formaba una estrella de David. Las Camelias, famosa por sus
fogatas; la Sonora, de despertar con turpiales; la Camarpa, de am-
biente autóctono; los Cerezos, de paisajes majestuosos...; y, ahora,
la Opereta, del señor Arsenio... ¡La estrella judía! Solo quedaba un
punto por unir. Un cielo otoñal se distendía en impelidas nubes.
Recordó que, justo allí, en la casita de campo minimalista de la
Opereta, ordenada y pequeña, como casa de pesebre, Eliécer los
había reunido por primera vez. Había fundado, en compañía de
otros seis integrantes del Partido Liberal, lo que funcionaría como
la Célula Gaitanista del Centro Suroeste. Se había elaborado un

acta firmada por todos, con los «Pactos por el cambio y las avenencias, los criterios y los recursos económicos», a la que se le había tomado una fotografía, antes de quemarla, y cuyo negativo estaba oculto en el salón de retratos de Ángel Studio. Muy claramente se había señalado, en una cláusula enfática, que los conservadores no serían tratados como objetivos militares. Los conservadores que habían fundado el pueblo.

«Nos protegerán de los chulavitas..., solo eso...», había dicho claramente Arnoldo Ángel.

Sin embargo, el coronel retirado Anatolio Méndez lo había mirado de un modo despectivo.

Muy pronto, después de obtener la financiación y las armas para la conformación de su bloque de milicias, este coronel se había salido de la circunferencia que le había trazado el ala política de la organización y actuaba por sí solo, como una rueda escapada de un engranaje. Desde entonces, habían empezado a aparecer los cadáveres de viejos y consabidos conservadores a ultranza, con el cráneo partido por un hacha, como un símbolo inequívoco de que pertenecer a «un partido de fascistas» significaba la muerte. Sí, sí, sí. Desde el principio, vio en la mirada del coronel algo que no le gustaba. Tenía un aire *mussolinesco*. Él había visto a Mussolini en la antigua Roma, en tiempos del Risorgimento. Tenía un brillo demencial, una humedad siempre y nunca acabada de secar en la frente ancha, como un mapamundi pequeño plagado de gotas, lleno de líneas y equis, amenazador, y sus puños, mazos exquisitos, parecían llenar la estancia por completo. Un algo muy *hitleriano* por demás lo rodeaba.

Anatolio venía recomendado por un directorio liberal del Bogotá, traía estampada en una carta la elegante firma de Aniceto Molina. Quizá a todos hubiese dado la misma impresión de estar frente a un matador sin escrúpulos, pero las miradas no pasaron a palabras ni a objeciones, las miradas recelosas no tuvieron alas, no escaparon en la sala.

El día en el que apareció asesinado de un hachazo el ilustre Nicanor Bermúdez, dueño de Las Camelias, en la vereda Guaimaral,

el pueblo se sacudió del mismo modo en el que un movimiento telúrico hubiese sacudido las entrañas de un monasterio. La polvareda no dejaba ver muy bien los ojos pusilánimes de los godos lanzando ojeadas de desaprobación, mientras se veía dibujada la fría indiferencia de los manzanillos sorbiendo aromáticas en los cafetines. Cuando apareció el segundo cadáver, el de don Elías Álvarez, de la finca la Sonora, por los lados del cementerio, en el parque la polvareda fue menor, porque solo se reunieron los liberales y los sin partido a rezongar conjeturas: los godos permanecieron en sus casas, cavilando, amedrentados, aunque sentían una enconada iracundia. La tercera cabeza partida por un hachazo se conoció veinte días después en cercanías de La Camarpa: se trataba de don Lucio Montaña. Entonces ya nadie se reunió en el parque principal, pero algunas damas entraron apresuradas a arrodillarse en la iglesia y a rezar apesadumbradas. Se realizó un consejo de seguridad por parte del alcalde de Amagá, un manzanillo ventrudo y tímido, y se trazó un plan de acción para luchar contra los asesinos ocultos, de origen desconocido, pero que claramente atacaban a miembros del Partido Conservador y que pertenecían a la Federación de Cafeteros. Se denunció con voz atropellada en el Café de don Suso, por parte de algunos conservadores que vivían en el área urbana, que existía un grupo de exterminio a los godos de cualquier clase o condición. Los conservadores se fueron sustrayendo sigilosos de los mercados, de las calles donde solían dar veraniegos paseos y solo iban a la misa dominical. El alcalde les aseguró protección y seguridad, pero el miedo había cundido profundamente en aquella comunidad. No pasaron dos meses cuando, por los lados del Cedro, encontraron a Rufino Márquez, dueño de la finca Los Cerezos, con lo cual sumaban cinco los hacendados asesinados con el cráneo partido por un hacha. Ya no le cupo la menor duda al pueblo en general quiénes estaban destinados al filo de aquella macabra arma: los conservadores ricos y que pertenecieran al gremio caficultor. En una reunión en la finca la Esperanza, de Anselmo Bolívar, se propuso crear, sin dilación, un grupo de autodefensa.

Eliécer había llegado a la conclusión, después de sorber su aguardiente, de que el coronel en retiro Anatolio Méndez estaba detrás de aquellos asesinatos en serie. Se preguntaba cómo debía resolver lo que él y su padre habían iniciado, cómo debían parar al monstruo que habían creado. Ya habían escrito a la dirigencia liberal de Bogotá relatando palmo a palmo los acontecimientos, su cronografía, el perfil de las víctimas y el *modus operandi* del verdugo. En su párrafo final, decían que no les cabía la menor duda de que el grupo armado a cargo del coronel había convertido un asunto político en una vendetta personal y era el directo autor de aquellas muertes inconsultas, innecesarias y arbitrarias. Pero la carta de respuesta, que esperaban con ansiedad desbordada, no había llegado. Los días, las horas, los minutos lo consumían. Él mismo debía resolver el asunto: parar la fuerza desbordada, la barbarie insidiosa.

El aguardiente pasó como un rollo de alambre de púas por su garganta. Era de un volumen de alcohol aumentado, pero le trazaba una línea de fuego hasta el estómago que lo hacía sentir vivo y al límite de sus peores posibilidades. Los asesinatos, según el patrón geográfico que había trazado el asesino en serie, le hacía pensar que la sexta punta de aquella estrella daba justo en la finca de don Jonás. Si la próxima víctima era don Jonás, no podía permitirse esperar ninguna carta ni ser una persona contenida, un poco él y un poco su padre, ni perder un solo segundo ni dejar de considerar todas las peores posibilidades. Tenía que actuar inmediatamente, reaccionar como bárbaro, tan pronto y tan contundentemente en cuanto terminara aquella tarde de especulaciones.

Eliécer sabía que con don Jonás el asunto era distinto: don Jonás, su esposa y sus hijas eran como su propia familia. Estaba comprometido en matrimonio con la hija mayor de aquella casa que conocía palmo a palmo, recodo a recodo. Conocía las huellas de los caballos, los caballos mismos y sus gusanos. Conocía los ojos en flor de las chicas Vélez, el olor de sus cabellos escapando, la figura de sus cuerpos en el encaje tul de la neblina ascendente de los surcos de los cafetos. Conocía la voz de don Jonás, aterciopelada a

veces, a veces huraña, a veces montaraz, a veces irascible, como un trueno de los primeros días de la historia. La vigilancia audaz de la mucama, mestiza, cuarterona, de grandes ojos dibujados en una cara pequeña, con el cuerpo moreno escondido en la vasta oscuridad de los rincones de la Herradura. Con la familia y con la finca en aquel punto de la estrella, era él mismo, quizá, el que tendría que detener al sospechoso de nazismo.

Terminó el aguardiente y fue a la oploteca: ingresó despacio, con pasos tímidos como si fuera un desconocido, y haló la cuerda de la bujía. La luz amarilla le dio calidez a la estancia y dejó al descubierto el largo periodo de tiempo en el que nadie se asomaba allí. Unas telarañas extraordinarias se dejaron ver entre la lámpara de pantalla opalina, que soltaba un redondo círculo de luz sobre la mesa de armas y la pared tapizada de boñiga: había allí armas nuevas y un rifle de la guerra de los Mil Días. El polvo perfumaba el aire contenido cuando otros pasos se escucharon sobre el piso de teca.

—No puedes ir solo —le dijo su padre—. Armaré un grupo.

—No hay tiempo, Arnoldo. No hay tiempo. ¿No comprendes? Se trata de la estrella de David. Su sexta punta da justo en la hacienda de los Vélez.

—Y tú... ¿vas a enfrentarlo solo? ¡Un egresado de Derecho que solo les ha disparado a los halcones! ¿Qué te crees? ¿Quién te crees?

—Hemos tardado mucho en comprender. Es culpa mía. Debí... detener a ese pequeño Mussolini.

—¡No puedes hacer nada tú solo! ¡Es un absurdo!

La voz del padre resonó como un puñado de piedras que le arrojaran, firmes, al pozo de su corazón. Aquella elocuencia que trataba de detenerlo ya no podía lograr nada en él, como no logra nada el discurso religioso en quien no cree... Estaba determinado. Aunque aguardó a la noche. Su padre le suplicaba que no fuese solo. Y bebió dos, tres, cuatro tragos más. Rememoró su viaje a Italia. Había visto a Mussolini, en la plaza pública, arengando

las multitudes. Tendría que vérselas con un hombre como él, ante quien los sentimientos no existían, un hombre de una extraordinaria degradación.

Don Arnoldo luchaba con la única arma que podía utilizar con su hijo: el consejo. Su mente estaba acaudalada de motivos, de imágenes sombrías, de presentimientos temerarios.

Pero Eliécer ya se había cerrado al bien, a la razón, a lo deseable y en su mente imágenes diabólicas aparecían como secuencias, sin poder contenerse, sudando, ebrio y temiendo lo peor... Abrió la puerta, corrió como un hombre puede correr mientras piensa en cómo tomar un atajo, sintiendo que el mal tocaba sus fibras como si fuese un piano, y un odio sobrenatural cabalgaba con él, dentro de él; en el Jacinto, brioso, negro y brillante, siempre, hirviendo como una llama, como la punta de un incendio atravesado por los vientos, y había entrado en posesión de unas emociones primitivas, instintivas, que le alimentaban una caldera inextinguible.

El padre había visto cómo se subía al Jacinto, brillante y brioso a la luz de la luna, primero entre los caballos bien perfilados y fogosos, con su pistola nueva en la cintura, su sombrero de ala ancha, y cómo arrancaba entre relinchos y trotes largos. Lo llamó varias veces; le gritó otras tantas.

«El hombre de la gran intensidad, y, sin embargo, sin ninguna lucidez», pensó.

Entonces fue al garaje y encendió la Chevrolet 46. Lo siguió, sin verlo, a cierta distancia. Iba con un trabajador que lo guio por los senderos donde posiblemente hubiera podido ir, con mucha astucia.

Adelante, el galope furioso, compacto, sudoroso, ambos echados hacia adelante, hombre y animal, como si, al hacerlo, las patas del cuadrúpedo pudiesen ir más rápido. El sujeto entregado por completo a la contemplación de algo que ya daba por hecho, que no necesitaba ninguna meditación, que no podía tener vuelta atrás, clarividente y todopoderoso. Atrás, el coche lento, parsimonioso, que recorría en su lentitud la misma distancia que el caballo en su intrepidez; coche y hombres tras una pista, tras una conjetura.

Tras limoneros enanos y arces japoneses, a unos dos kilómetros del pueblo, pudo reconocer la cabaña de madera. Escuchó los ruidos minúsculos y el piano de voces de lo que conformaba un grupo de hombres que conversaban con la calma de quien no sabe que son espiados, fuman sin tregua, comen sin afán. No tenían guardia. Nada tenían que temer en realidad. Vivían a sus anchas, y animales y humanos huían a su paso. Eliécer fue derecho a la cabaña, hecha de vigas de roble, tablillas y grandes verandas, con la pistola cargada. Caminó entre las motas blanquecinas que la luz de la luna dibujaba en el prado, estuvo inmóvil, un momento, entre dos perros que lo conocían y le husmeaban la entrepierna. Su cabeza estaba echada hacia atrás y el rostro tensado, esculpido por el frío, caracterizado por una mirada dura. De una patada empujó la puerta de madera, que crujió, se abrió de par en par, extendiendo un tapete de luz hacia la parte de afuera. De inmediato reconoció al hombre —no al que había tenido sentado en las reuniones de la célula liberal, sino al que había dejado crecer su barba, su pelo; al camaleónico hombre que había llegado con la botas de un coronel y se había transformado en un asesino en serie..., y que había tenido entre ceja y ceja durante las últimas horas—.

Sus compinches de alrededor buscaron sus armas y, en un coro de chasquidos, las pusieron a punto.

Eliécer se lo quedó mirando. Parecía obsesionado con él. Pudo ver su chaqueta militar de años atrás. «Ya no existirá más», pensó. Verlo de frente, con su impenetrable rostro ancho de labio retorcido sin sonrisa, con sus ojos apagados, cerrados por un párpado caído, como si durmiera de pie, y la actitud sobrada, sin miedo, le dio la impresión de que estaba frente a una estatua.

—Ha ido demasiado lejos... —le dijo Eliécer.

El coronel recordó que en la mañana había tenido el hacha en sus manos.

—El hacha que mis mayores me dejaron por herencia.

El hacha había venido desde un cuarto oscuro, en el que había nacido Anatolio Méndez, a miles de kilómetros del eje cafetero, a

clavarse al tronco del arrayán, al bíceps torneado que cargaba la cornamenta de ramas. La luz del sol la calentó después de muchos años de vivir en el mogo, las hormigas, la oscuridad, la inmarcesible tiniebla. Después todo fue viaje, viento, hacinamiento en uno de los compartimentos del tren, y maltrato. Luego vino al herrero, que la observó con curiosidad de cirujano. La puso a la luz del sol y calculó su mella. La asentó en la prensa y amoló su filo diamantino, en una fiesta de chispas alrededor del afilador. Al ponerla al sol de nuevo, era otra hacha, casi nueva, destacada, plateada, la mejor de las hachas que se hubiesen transportado al interior del país. El hacha reposaba en un nuevo lugar sombrío, manchada de sangre en su haz y su envés. Esa mañana Anatolio la tomó en sus brazos, la miró con amor; pudo mirar con amor aquella cosa despreciable que tenía hilos negros, incluso amó su sombra de garfio engarzado y dijo, mojando sus labios:

—El hacha que mis mayores me dejaron por herencia...

Los hombres alrededor se alistaron para saltar sobre él.

—¿Lejos? ¿Dice usted?

—Demasiado lejos. No le dimos el poder de ser un bárbaro.

—Sus ojos resplandecían de furia.

—En el fondo de sus corazones eso es lo que quieren. Matar godos. No sean hipócritas.

—No le dimos las armas para matar en serie. Eran hombres, padres de familia, antes que godos.

—Esos son eufemismos. Usted no tiene la garra ni el instinto, menos el valor, pero es lo que en el fondo quiere. O quieren.

—No fue para eso que lo trajimos. Actúa como un nazi matando judíos.

—Ustedes dijeron: «¡Abajo el Partido Conservador!». Abajo... es bajo tierra, ¿o no?

—¡Bastardo! ¡Perro! No le interesa comprender.

Todos le apuntaron a la cabeza a Eliécer. Sintió miedo. Los hombres se le abalanzaron, lo redujeron y lo desarmaron.

—¡Suelten a ese maldito! No mataría a una mosca —dijo la voz de mando, la voz de un hombre que reacomoda su gruesa corpulencia y revisa su cuerpo con la mirada.

Eliécer se esforzaba por soltarse, se retorció, incluso después de que lo hubiesen dejado libre.

—¿Tratar de dominarme a mí? Darne órdenes, ¿a mí? No lo mato no más porque... es un maldito gaitanista. Eso lo salva, abogadito. ¡Denle su merecido!

El hombre que comandaba, con su quepis ladeado y su sonrisa muerta, se internó en una de las habitaciones.

Eliécer manoteaba en el piso, sin poder levantarse, impotente frente al grupo de rufianes alcoholizados y con una patada atrancada.

—¡Ustedes también son unos asesinos!

Frenaron la golphiza porque no había orden de matarlo.

Después de recibir unos puntapiés en el estómago, perdió el sentido. Cuando regresó, le parecía que había olvidado por completo a aquellos hombres y que los veía por primera vez. Su nariz se chocó con la punta de una bota. Tenía una expresión de olvido, jamás había estado en una situación semejante. No conocía la violencia en su cuerpo. Veía los rostros de los hombres confusamente, para nada asustados, dispuestos a divertirse, como dispuestos a echarse al agua. También los veía vociferantes, decían cosas como «abogadito, abogadito», remedando a su patrón. Todo, en su mente, se volvía ruido. Ruido proveniente de unos hombres que no dejaban de reírse. Sintió en sus labios el sabor mineral de la sangre.

—¡Larguémonos! —dijo el jefe, que cargaba una agenda bajo el brazo—. Vamos a otra cabaña. Hay muchas y mejores, y propiedad de los malditos godos.

Los verdugos se dieron cuenta de que el padre estaba afuera aguardando por el hijo, sin poder hacer nada distinto de rezar, pero no lo detuvieron.

Don Arnoldo se acercó a la cabaña, junto con su trabajador, y abrió la puerta. Mantenía la cabeza en alto, sus cabellos bien pues-

tos, decoroso, sin enseñar su dolor ni su enojo, aunque en su interior estaba envuelto en una trágica y feroz indignidad. Estudiaba cómo podría cogerlo de la mejor manera. Caminó alrededor de su hijo, que se retrepaba aferrándose el vientre.

El viejo no había llorado casi nunca, pero empezó a proferir un quejido, inclinado sobre él, con las manos un poco levantadas, intentando dibujar la forma del joven en el aire; su quejido era lastimero, aunque no era un hombre de lástimas. Poco después, cayó de rodillas, y lo agarró tiernamente, por los hombros.

—¡Hijo mío! —profirió.

Parecía el búho cuando ahueca las alas, tapando a su pequeño en una noche de lluvia. Tenía el rostro abatido.

Lo cargaron sobre una sábana hasta la *pick-up*, y lo llevaron al hospital de Amagá, al cuidado de las siervas del Santísimo, que, al verlo entrar, se santiguaron en grupo.

Cuando volvió en sí, el padre le dijo:

—Le avisaré a Jonás. Debe estar prevenido.

—Iré contigo.

—¿En tu estado?

—Lo intentaré...

—Debes tener, al menos, las costillas quebradas. Viene un doctor mañana desde Medellín.

—Debo ir, pá... Ella podría estar en grave peligro.

—Yo hablaré con Jonás. Tendrá que ser razonable. No tiene otra alternativa.

II

Mucho después de haber llegado a aquella región, acompañado de legionarios, en briosos caballos y con alforjas llenas de oro, Arnoldo Ángel volvió a pisar la tierra blanda y la hojarasca estridente de aquella tierra virtuosa y bituminosa. La primera vez que llegó, treinta años atrás, preguntó cuánto valía lo que pisaba su albarca

y lo que se pudiera caminar a una hora en caballo alrededor. Un sujeto de ojos cafés de lumbre vibrante le dijo que esa tierra no estaba en venta porque pertenecía a alguien que había peleado en la guerra de los Mil Días y al que ya no le importaba tener dinero. Fue la primera conversación de muchas que tuvieran dos hombres maduros, curtidos en faenas —el recién llegado, de entre cuarenta y cincuenta años; y el asentado, de sesenta y seis años, marroquinista declarado—, y que ya tenían definidas muchas en cosas en la vida, entre ellas, que ya no querían recorrer más el mundo sino asentarse en un lugar donde el sol no fuera canicular y donde la brisa circulara suavemente trayendo los olores del estío. El uno ya había encontrado la tierra prometida y no estaba dispuesto a venderla, y el otro... buscaba encontrarla. El primero le habló de unas tierras que podía comprar con lo que traía en las alforjas. Le señaló la esfera oriental de las montañas, los promontorios que dominaban la serranía y un pequeño valle cerca del pueblo.

Ahora volvía a pisar esa tierra, justo en la misma dehesa, esta vez para advertirle al acendrado caficultor que debía irse porque corría un inminente peligro.

—¿Arnoldo Ángel en el Triunfo? Debe traerlo un asunto muy urgente o muy importante —dijo precaviendo una situación inédita don Jonás, el propietario del Triunfo.

—No vengo con frecuencia, pero nos une la tierra —dijo bajándose de prisa—. Además, cuando me entero de que Eliécer está aquí, yo considero que está en mi casa...

—Esos muchachos se traen su cuento desde niños.

—Yo no podría sentirme más honrado cuando me dice que llevará al altar a Bernardina.

—Pero rara vez viene usted, Arnoldo. De hecho, podría contar en los dedos de la mano las veces que ha pisado el Triunfo. ¿Qué le trae?

Una mucama se apresuró a llevarles café. Los dos hombres sorbieron mientras la neblina se trezaba a su alrededor.

—Es un asunto muy delicado.

—Debe serlo, debe serlo...

—Las muertes consecutivas de Nicanor, Elías, Lucio y Rufino... ¿no le dicen nada concreto?

—Claro que sí, han diezmado al Comité de Cafeteros. Es un asunto de mucha monta.

—Jonás, yo sé quién mató a esas personas.

Jonás se puso de pie. Miró con recio temblor al otro viejo.

—¿Lo sabe?

—Sí. Tristemente sí. Un mercenario venido de Buenaventura. Un hombre que nos enviaron cuando pedimos protección los liberales de Amagá.

—¿Protección? No entiendo.

—Verá, Jonás —don Arnoldo también se puso de pie, se demoró en hablar, le temblaba la voz, lamentaba profundamente tener que decir aquello que hubiera debido quedar en el más absoluto secreto—, había pasado en Las Mellizas y en Caresapo...; estaban expulsando a los liberales de esos pueblos. Sabemos que la Policía chulavita protegía a los desplazadores. Nosotros no estábamos dispuestos a que nos echaran de Amagá. Teníamos el dinero para armar un grupo privado que nos protegiera. Pero aquello salió muy mal, muy mal. Nos enviaron a un coronel retirado y este, después de que recibió el armamento, creo un grupo de exterminio de conservadores. Malinterpretó el liderazgo que le dimos, no entendió de qué se trataba. —Sorbió su café como si fuera el último...—. Y ha cometido todos esos crímenes al amparo de nuestro dinero.

—¿Entonces ustedes...? —dijo don Jonás. Reflexionó, unió trozos inconexos de relatos que saltaban de finca en finca; primero como conjeturas, luego como sucesos. Sonaban tantas historias alrededor de aquellos crímenes. De pronto, se halló agudamente al tanto.

—Tenemos el derecho de pensar diferente.

—¿Contrataron un mercenario?

—Solo queríamos hacer contrapeso a la Policía chulavita.

—¡Vaya derecho!

—Nunca se dijo que tenía que matar a nadie. Solo mantener a raya a ciertos sujetos, capaces de amenazarnos...

—Y contrataron a un extraño...

—Venía recomendado por la dirección del partido en Bogotá, pero resultó ser un maldito nazi.

Jonás ya no volvió a mirarlo a los ojos. Permaneció impasible, completamente inmóvil, durante unos minutos. Parecía ver cosas en la neblina.

—No hay más que decir: ya no es usted bienvenido al Triunfo.

—Yo lo sé. Lo supe desde... Lo que importa es que... deben irse.

—¿Irnos? Dejarles todo a los vándalos. Primero muerto.

—Debe proteger la vida de su familia y la suya propia.

—Ahora intenta cuidarme, ¡Manzanillo!

—Mi hijo ha expuesto su propia vida frente a ese criminal. Está en el hospital porque trató de detenerlo... ¡Oh! ¡Lo siento, Jonás! ¡Nunca creímos que esto iba a tomar estos ribetes! Soy capaz de poner mi propio cuerpo entre usted y ese criminal, ¡se lo juro por Dios! Está en verdadero peligro. Por eso le estoy avisando.

—¡Lárguese, anarquista! ¡No vuelva por aquí!

Jonás se volteó, visiblemente molesto, tirando el pocillo con el café humeante a los cafetales. Los trabajadores miraron confundidos.

Arnoldo Ángel, visiblemente apesadumbrado, subió al auto. Sintió que un frío repugnante le quitaba las fuerzas.

El Ford retornó por la misma huella por la que había llegado. El hombre que se alejaba del Triunfo no parecía ser el mismo que había llegado.

Previa de la tercera parte. Dos años después...

—¡*Idiota*, lo mataron!

La voz de su primo fue una descarga para Eliécer, que palideció y soltó el ejemplar del *Espectador* del 9 de abril, que ahorcaba entre sus dedos.

—¡Tanto lo había temido y ahora..., ahora lo consiguieron estos godos hijos de perra!

Los tres corrieron al balcón.

—¿¡Cómo no me pude dar cuenta antes, hombre!? —se dijo como si eso hubiera servido de algo.

La capital hervía de cabo a rabo.

—¡Lo mataron, Jesusita, lo mataron! —Una lágrima vino de repente y él la corrió como si no tuviese derecho a llorar.

—Lo siento Eli... —Lo abrazó—. Lo siento de veras... —A ella también acudieron lágrimas.

—Ahora yo... ¿Está confirmado, primo?

—Atentaron contra él en la séptima, eso me dijeron; idiotas, miren cómo se ha puesto la ciudad. —El hombre de los lentes redondos y cara redonda, señalando hacia los cerros de Monserrate y Guadalupe, exhibió un paisaje de llamas ardientes que consumía la belleza de los edificios, y las explosiones de las gasolineras colmaban de luces y sonidos las avenidas.

—¡Eso lo transforma todo, lo adelanta todo! Pensé que iba a ser de otro modo, que ganaríamos las elecciones...

—¡Idiotas, no saben lo que despertaron!

—Primo, ¡se aproxima mi destino! ¡Corramos a La Mestiza!

Los tres discurrieron al primer piso. Eliécer se encintó la Smith and Wesson, reversó su Willys del garaje y condujo esquivando los nacientes fuegos de llantas, los bocinazos furiosos de hombres exacerbados, los fognazos de escopetas aún lejanos y las embestidas de gentes que corrían con machetes como banderas, cuchillos centelleantes y serruchos brincando a dentelladas.

—¿Y Bernardina? ¿Estará a salvo?

—Debe estar en casa —dijo Jesusita.

—Debes verificar.

—Lo haré, Eli, lo haré. ¡Cuánto la amas, por Dios santo! En lo primero que piensas es en ella. ¡Veremos cuánto puedes odiar!

En el barrio Getsemaní resonaban con fuerza las voces súbitamente perturbadas de hombres expulsados como lava de sus domicilios, impregnados de una luz rojiza bajo flamantes antorchas cuyas consignas zaherían al gobierno ultraconservador. Un recluta prestaba guardia en la casa del tío Vélez.

Jesusita entró y salió inmediatamente, como entra y sale el pájaro de madera en un reloj de péndulo, perseguida por los baladros de su madre.

—No te preocupes... Todos están en el sótano —dijo a los hombres del *jeep*, dejando fluir las lágrimas. Ahora no era Chispas. Su voz ronca, dolida, se canjeó a una persona nueva.

—Chispas, volveré. Su mensaje está con nosotros.

—Déjame unirme, Eli.

—No. Volveré, con la mente despejada, lo prometo. Tal vez, para entonces sí. Cuídala.

—No prometas que has de volver. Vas al infierno. Nosotras estaremos bien. No me has dado nada, porque no me has dado el corazón, Eli. En cambio, yo..., yo el corazón te lo doy por nada.

Eliécer la miró intensa y prolongadamente.

—Ve a cumplir tu destino. Es tu obligación, sé ese nuevo liberal —le dijo Chispas.

El Willis se perdió tras el humo de una ciudad que ardía bajo los cromos postreros de la tarde...